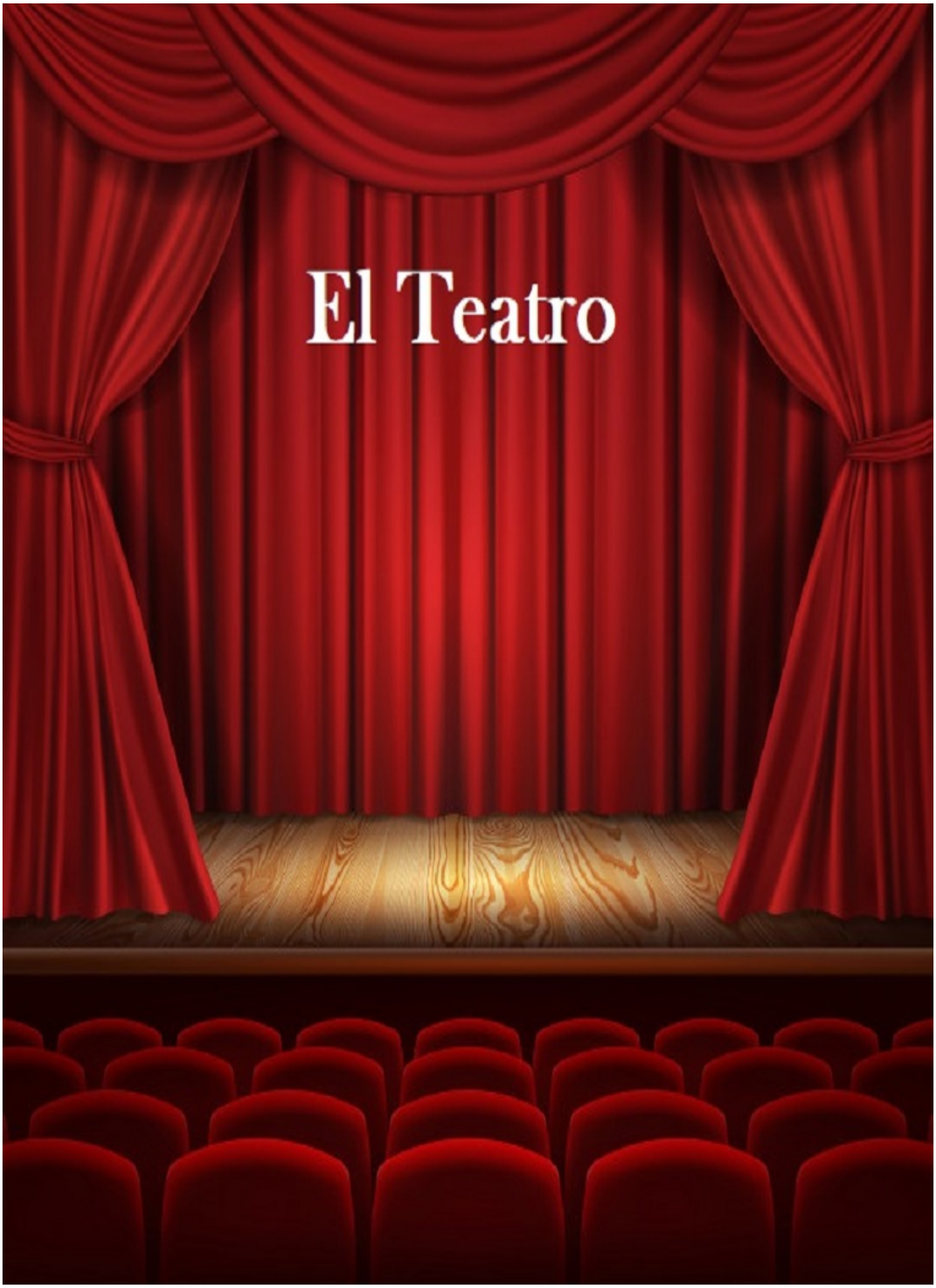
El teatro

Luisina Giorgetti



Capítulo 1

Todo ser humano provisto de conciencia tiene devoción por el teatro, aún cuando afirmen lo contrario. De forma inconsciente compramos el ticket en el mismo momento en el que las boleterías abren y, sin esperar un minuto, traspasamos las grandes puertas de madera añeja. Avanzamos automáticamente por los pasillos de paredes blancas adornadas con pinturas y columnas de mármol, debido a nuestros largos años e innumerables actos de presencia que contribuyeron a formar la ruta hacia la sala. Bajamos los pequeños escalones y, sin preocuparnos por admirar la obra maestra que exhibe la cúpula, nos acomodamos en la butaca de terciopelo rojo, verde oscuro, negro, o simplemente de madera dependiendo del teatro, para esperar con ansias y nerviosismo el comienzo. Y como de costumbre, una ley universal que rige para cada uno de estos antros, los únicos espectadores somos nosotros.

El templo de la interpretación exhibe a diario infinidad de historias cargadas de simbolismos, con una temática determinada que los distintos elencos recrean de manera natural. Mas en todos y cada uno de estos templos hay un género favorito que destaca por encima de los demás y, aunque eventualmente aparece el opuesto, es nuestro favorito por defecto: la tragedia.

El pesado telón se alza, las luces generales se apagan y comienza la puesta en escena. La historia se desarrolla en un lugar que nos es familiar; un lugar grabado en nuestra memoria y que se corresponde con algún período de nuestra vida, cerrado o abierto. Desde los bastidores van apareciendo los distintos actores, esas personas que también forman parte de nosotros, desarrollando cada uno un papel específico que no podría ser actuado más que por ellos. Por último cae la estrella principal con su brillo incandescente; el intérprete propio de cada teatro que está presente en absolutamente todas las obras. Con el traje puesto, una capa de base sobre el rostro, e inmersos en nuestro rol, entramos en escena.

Los diálogos fluyen al igual que las aguas de un río; palabras que se arrastran por la ribera hasta desembocar dentro del espectador, produciendo ansiedad, desasosiego y miedo ante los infortunios. El drama continúa sádicamente escarbando en nuestra mente con el objetivo de posicionarse allí cual parásito, plantando las semillas de la inquietud. Sin embargo, permanecemos inmóviles, firmes en nuestros asientos con los codos sobre las rodillas y las manos arrugando el programa en forma de tubo, a medida que el monstruo de la ficción nos va atrapando, devorando la razón y dejando la necedad.

Todo ser humano provisto de conciencia tiene devoción por el teatro, mas no son muchos los que se percatan del daño que provoca, y son aún menos los que logran resistir la tentación de ir. Día, noche, con sol o

tormenta, nuestra mente nos abre las puertas al templo de la interpretación con el propósito de invitarnos a tomar nuestro usual asiento y perdernos dentro de la historia; nosotros como fieles esclavos escuchamos el llamado, nos vestimos de gala, y nos presentamos puntuales para la función, antes de siquiera pararnos a pensar en el costo de las entradas. Cada obra refleja situaciones diferentes, con repartos diferentes, escenografía diferente, y música diferente; sin embargo, a pesar ello, el nombre de absolutamente todas es el mismo en nuestro teatro y en todos los que existen: Las Expectativas.

Profecías basadas en el mundo que transcurre tras las puertas de madera añeja, en la existencia de la que nos desconectamos cuando compramos el ticket de forma instintiva y nos sentamos en la butaca con el objetivo de anclarnos en una trama ficticia que tomamos como futura realidad. Nos cegamos y sufrimos tanto con las luces amarillas que producen los focos, los colores vivos de los trajes, las sublimes interpretaciones dignas de un Tony, y las dulces melodías que derriten los oídos, que nos olvidamos de la belleza del mundo fuera de la sala y lo deleitados que nos hace sentir el presente.

Para cuando el telón baja y la función acaba, perdimos demasiado tiempo inmersos en la ficción que la empezamos a ver en el exterior, nuestro presente, y es ahí el momento en el nos alegramos por haber concurrido al llamado, por haber tenido esa gloriosa premonición cuando en realidad fuimos nosotros los que cumplimos esa profecía desvirtuada al asistir en primer lugar. Nosotros somos los culpables de dejarnos llevar por la obra descuidando el Ahora con indiferencia, de escondernos tras las puertas por miedo a no enfrentarnos al actor principal que pertenece al exterior, de utilizar la ficción como justificativo para huir de los acontecimientos reales.

Todo ser humano provisto de conciencia tiene devoción por el teatro; resulta extremadamente difícil levantarse a la mitad de un acto, agarrar el abrigo, y marcharse en silencio, aún más pasar por la entrada y seguir nuestro camino sin desviarse. No obstante es absolutamente necesario para la mente que el elenco sea despedido; los focos se apaguen; los telones se desempolven y guarden en cajas; y las puertas se cierren con llave de manera definitiva para que así nos veamos libres de interpretar nuestro papel en el mundo presente.